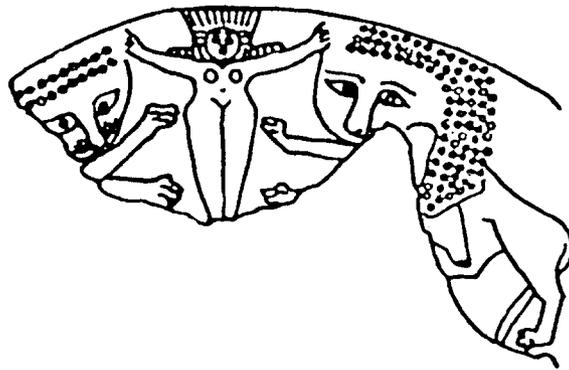


desde la mirada



Miradas cruzadas, miradas cautivas

Fernando M. González

¿Quién es ésta que viene y todos miran, que hace temblar de claridad al aire
y Amor trae consigo y tal donaire que los hombres se callan y suspiran?

(Rima IV)

Dice Amor, que tu grande valor siente: "Me apena que te sea útil morir
por señora que pasa altivamente y no te quiere ver, ni hablar, ni oír".

(Rima VIII)

Cuando humilde la miro, su desdén pone espanto en mis ojos y una rara
pasión de destrucción en mi dolor.

(Rima XVI)

GUIDO CAVALCANTI (VERSIONES DE JUAN GELMAN)*

1. *La opacidad y el equívoco de las miradas*

Sirvan estos poemas de un contemporáneo de Dante como "umbral" a lo que este último relata en *La vita nuova*,¹ que estando un día contemplando a su "dicha", se encontraba colocado desde una posición tal que:

entre ella y yo, en línea recta, se sentaba una noble dama de muy agradable aspecto,
que me miraba muchas veces, sorprendiéndose de mi mirar que parecía terminar

*El autor de estas versiones me advirtió que aún le hace falta mucho trabajo para que logre convertirlas en "traducciones".

¹Que el lector no se engañe, no pretendemos hacer una lectura "psicoanalítica" de un texto literario.

en ella, por lo que muchos advirtieron su mirada: y tanto se fijaron que al irme de ese lugar, oí que decían detrás de mí: 've como esa dama destruye el alma de éste' y cuando la nombraron entendí que se referían a la que había estado en medio de la línea recta que comenzaba en la gentilísima Beatriz y terminaba en mis ojos. Entonces me alivié mucho, tranquilizado porque mi secreto no había sido descubierto aquel día a causa de mi mirada. Inmediatamente pensé en hacer de esta noble dama celada de la verdad.

(DANTE: *La vita nuova*; 1985, pág. 11)

Hacer entrar a un tercero, primero sin proponérselo y después propositivamente para "celar la verdad" de su amor por su "dicha" (Beatriz), le da resultado en un primer momento a Dante. Pero el equilibrio inestable en que se asienta el equívoco termina por desplazarse hacia su amada, con un efecto que para él resulta inesperado ya que Beatriz termina por negarle su "dulcísimo saludo" al verse enfrentada a tantas habladurías y rumores que le llegan del supuesto interés de Dante por aquella que se interponía en "la línea recta de la mirada que partía de él".

A lo largo de este bello relato, se dan un sinnúmero de malentendidos, entre otros, los que interrumpen la "línea recta" que va del corazón a la mirada o mas precisamente, que muestran que la tal línea recta propiamente no existe. De ahí la necesidad de utilizar la escritura como mediación para neutralizar en parte los equívocos. Y digo en parte porque a medida que intenta deshacerlos instauro otros.

Dante, por cierto, no pedía de Beatriz algo desproporcionado, ya que afirma que el objetivo que buscaba su amor fue en un primer tiempo "el saludo de esta dama. . . y en él residía mi felicidad" (pág. 43). Y después cifraba ésta "en las palabras que alaba(ban) a mi dama".

Muerta Beatriz, el juego de espejos opaco de las miradas continúa. Recuerda que estando un día muy abatido pensando en la pérdida de su dicha, se sorprendió observado por una noble dama joven y hermosa que lo miraba compasivamente desde una ventana. Al punto sintió deseos de llorar, pero se contuvo, no queriendo duplicar con su autocompasión la de la dama en cuestión.

Pronto la mirada y el semblante de tan bella mujer lo remiten a la amada ausente, pero no pasa mucho tiempo antes de que por derecho propio sean verdaderos receptores de la mirada de Dante, y no ya "celada" del recuerdo de su "dicha":

a tanto llegué por la sola vista de esta dama, que mis ojos comenzaron a deleitarse mucho al verla; por lo que a menudo, sentía remordimientos en mi corazón y me consideraba hartamente vil. De ahí que muchas veces vituperase la vanidad de mis ojos (diciéndoles)... esta dama solo os mira en cuanto se duele de la gloriosa dama por quien soléis llorar. (pág. 105).

Con este vituperio Dante intenta conjurar la desaparición de Beatriz como la destinataria de su amor. Si en el otro extremo de la línea recta de su mirada ya no le es posible solazarse con su dicha de carne y hueso, se siente compelido a conservarla en espíritu o apoyándose en la mediación de interpósitas mujeres, a las cuales no parece otorgarles más función que la de ayudarle a mantener vivo el recuerdo de la muerta.

Pero de pronto, estas mujeres que se interponen en la línea recta del recuerdo de Beatriz parecen invertir el circuito en el que Dante colocó a aquella que se creyó efectivamente mirada por el poeta, y que en realidad era "celada de la verdad".

Hasta aquí la función del tercero y el equívoco consiguiente pueden ser restituidos en sus determinaciones. No hay necesidad de recurrir a una teoría del inconsciente, sino en todo caso hacer referencia al *Dolce Stil Novo*.²

2. La mirada y el vértigo

Pero pasemos ahora a analizar otro tipo de material en el cual no resulta descabellado utilizar la noción del inconsciente. Pero hagámoslo sin abandonar a Dante, dejándonos guiar en el descenso a las profundidades del Averno por su titubeante mirada.

Una persona amante de la literatura, durante una sesión de psicoanálisis, alude de esta manera al autor de la *Divina Comedia*:

²Los "stilnovistas" impondrían: *Los dolci detti*, el equilibrio melódico... la idea de que gentileza y nobleza sea exclusivo fruto de la virtud que anida en cada uno... y que sólo en tal corazón puro puede haber amor; la salvífera figura de la mujer-ángel, que en el amante acrece la innata disposición al bien y la nostalgia del cielo clara superación de la condenable fractura entre el amor cortés —extraconyugal, terrestre por demás— y la moral cristiana, una imagen femenina entendida como llave del monólogo interior y no ya mero término objetivo para el diálogo amoroso. (Juan Ramón Masoliver en G. Cavalcanti: *Cancionero*; Editorial Siruela; 1990, pág. XIX).

anoche tuve un sueño del cual me desperté muerto de angustia: descendía yo por unas escaleras hacia el infierno. Era una cueva poco iluminada, de pronto en un recoveco me topé con un monje encapuchado que parecía inanimado, mirando hacia el suelo. Cuando pasaba a su lado, inesperadamente en un sorpresivo movimiento levantó la cara y me di cuenta de que no tenía rostro, un hueco negro lo sustituía. En ese momento desperté.

Según el analizado lo que más lo angustió fue el inesperado movimiento de ese cuerpo que aun siendo humano y estando de pie, parecía inanimado. El movimiento mostró la ausencia del rostro, y dicha ausencia reiteró la sorpresa causada por aquel. La mirada no tiene un soporte en donde fijarse, su brillo se ve de pronto engullido por el tenebroso agujero enmarcado por la capucha del monje. Además de la obvia alusión a la *Divina Comedia*, el analizado relaciona al monje con un recuerdo de sus 8 años cuando un religioso³ de su colegio le propuso que le chupara el pene:

fue tan sorpresiva la petición que no me pude resistir. Después me dió mucho asco y culpa y me quedé muy confundido.⁴ Más tarde siendo ya adolescente, me ocurrió algo parecido con un individuo que me lo pidió de pronto a la salida de una fiesta, estaba yo algo bebido.

A continuación pasa a relatar sus juegos sexuales con su única hermana y con algunas de sus primas durante la infancia y la "latencia". Y después, ya grande, con sus sobrinas. Estas últimas entre cinco y ocho años mas chicas que él. Esta actividad sexual lo convenció de que a todas las mujeres les gustaba que las tocaran.

Luego narra la contradicción en la que lo mete una reciente relación con una mujer de unos 23 años —él en ese momento tenía 32—, que afirmaba ser virgen y que se resistía a sus requerimientos amorosos. ¡Como en los viejos tiempos, ponía como condición para ello, el estar casados!

"Inexplicablemente" se quedó prendado de esta dama que precisamente cuestionaba su axioma fundamental: "todas las mujeres estaban dispuestas a obtener placer a la menor provocación" y, obviamente,

³El analizante usaba como sinónimos en este caso, "un religioso" — perteneciente a una orden religiosa católica— y un monje.

⁴En todo caso a ese monje no le faltaba el rostro y tampoco debajo de la sotana tenía un hueco en lugar de pene.

placer procedente de él. Esta dama, cuando menos, ponía algunas condiciones, las más importantes, no ser sustituible y saber esperar. Pero había algo más: aparentemente nunca había sido tocada por ningún hombre. Nadie lo precedía. De esta manera se enfrentaba con algo que hasta ese momento le había parecido impensable: la ausencia de un tercero que sesgada y paradójicamente, hacía acto de presencia.

Lo angustiante comienza cuando el tercero aparentemente no queda incluido en la relación. Cuando en la profusión de machos que se suceden en la posesión del cuerpo femenino, y parecen comunicarse por su medio,⁵ aparece la traza de algo no “representado” que “irrumpe” e interrumpe la cadena. Como el rostro ausente del monje que desgarró el escenario del sueño en el que todo parecía aspirar a ser cubierto y sostenido por imágenes presuntamente consistentes.

Ahora, cuando sale con esta mujer, la vida se le va en vigilar la efectiva y posible trayectoria de la mirada de su “desdicha”. Es decir que en cada lugar a donde llegan, el sujeto hace un rápido recuento de los hombres bien parecidos —según su criterio—, que ella podría mirar. Como en toda celotipia que se respete, se apoya en los más pequeños signos que le permitan corroborar sus temores: que ella lo vuelva cornudo *a la vista de todos*.

Imposible soportar la ausencia del tercero. Aunque para hacerlo presente, se tenga que recurrir como “celada de la verdad” a aquella que se interpone en la “línea recta” entre él y los otros hombres.

El monje que de pronto parece cobrar vida, y la angustia concomitante que despierta, podrían quizás interpretarse, como la ausencia de mediación femenina entre él y los hombres. El “yo no tengo nada que ver con ustedes” deja de ser evidente. Por otra parte, la carencia del rostro, probablemente alude a la imposibilidad aterrizante de no poder proyectar en la mirada de su “desdicha” sus propias fantasías.⁶

Este individuo tenía una fantasía diurna con la que intentaba neutralizar las miradas que en la calle supuestamente atrapaban la de su amada. Esta fantasía consistía en lo siguiente: Se imaginaba a la mujer dentro de una casa sin ventanas y presa en una jaula de cristal de donde su mirada no pudiera escaparse y ser captada por ninguna otra que no

⁵Obviamente lo mismo se puede decir del cuerpo masculino visto desde el otro sexo.

⁶Desgraciadamente no fue un tratamiento que tuvo continuidad, en razón de que el paciente cambió su residencia a otra ciudad.

fuera la de él.⁷ Sólo en esos momentos obtenía la satisfacción y la tranquilidad de “eliminar” por unos instantes a los que él creía ser sus competidores.

Para este hombre el retorno de lo “suprimido”, es decir del tercero, se torna “evidente”, pero no su sentido. La fantasía homosexual está reprimida. Sin embargo no creo que podamos reducir su conflicto psíquico a esto. Pues también es un enigma para él que su “desdicha” ciertamente no busca el placer a cualquier precio.

Como se ve, aquí la mirada adquiere otra densidad que no puede ser reducida al equívoco involuntario y luego conscientemente buscado, como por ejemplo en el caso del poeta florentino.

3. *Escuchar sin mirar*

Otro individuo que viene a análisis con la demanda manifiesta de ajustar cuentas con una decisión matrimonial tomada 10 años antes, a esas alturas tiene dudas si se casó libremente o no, se ve sorprendido por una llamada telefónica en la que una decidida dama le dice que le gusta desde hace mucho y que quisiera entablar una relación con él.

Rápidamente el afectado quiere saber de quien se trata, pero la dama se niega a dar su nombre. Entonces recorre su archivo mental sin gran éxito. Pero, precisamente la ausencia de un rostro aunada a una voz, le permite pensar en una mujer muy guapa con la que estaría dispuesto a vivir una aventura.

En el juego de las adivinanzas que se instaura por el teléfono, él dice el nombre de la que le parece más probable, ella lo niega, aunque en realidad su voz coincide con el nombre que él piensa.

El analizante aliviado porque esa mujer no le atrae lo suficiente, continúa su búsqueda sin salir de dudas. Hasta que el encuentro con ella días después le corrobora que efectivamente era aquella que había nombrado.

La coincidencia de la voz y el rostro trae por consecuencia la reaparición del conflicto con su mujer, a saber: una relación en la que se

⁷ En dicha fantasía se trasluce de manera “oblicua” —por ejemplo en la ausencia de ventanas—, la inclusión del tercero.

sintió compelido a quedarse, entre otras razones, porque había tenido relaciones sexuales con ella.⁸

Estando en esos decires, relata que de unos años a la fecha, tiene un sueño que se le repite y que es el siguiente:

estoy con una mujer muy linda de modo, con un cuerpo muy atractivo, con la cual me llevo muy bien, pero que carece de rostro.

En este caso la ausencia de rostro no resulta angustiada —como en el caso del monje— al contrario, parecería que le produce un intenso placer. Precisamente el no concretarse el rostro, deja libre curso a la posibilidad de recrear la mujer deseada, es decir aquella de la que nunca se podrá tener una imagen completa. Pero sobre todo se trata probablemente de la representación de una libertad de elección ilimitada, que es precisamente la que le atormenta no haber tenido cuando “decidió” casarse.

El conflicto psíquico manifiesto en la elección de mujer está hartamente embrollado. Previamente a su relación actual, le gustaba otra mujer

a la cual mi madre aprobaba. Le pedí casarse conmigo y cuando me dijo que sí, al poco tiempo me vino depresión y angustia, todo lo cual me llevó a deshacer el compromiso.

Terminó casándose con aquella que la madre no soportaba y que “veía menos”. Al poco tiempo de matrimonio aparecieron una serie de síntomas obsesivos, mínimos, pero molestos. Y junto con éstos el sueño consolador de la mujer sin rostro.

4. Miradas sorprendidas. Mirar son “desear”

Una mujer que se somete a análisis por una depresión producto de un reciente divorcio relata lo siguiente a la quinta sesión:

El otro día que *lo ví* a usted en la calle a lo lejos, sentí como un escalofrío, como no querer venir a sesión porque pensé que algo *va a suceder* en análisis. Que algo va a surgir incontrolable, no sé.

⁸No quiere decir que la hubiera embarazado.

Qué más, le digo. . . antier una amiga me invitó a un bar donde había travestis, pero también transexuales, bueno hombres que se han operado. Hubo algo que me angustió mucho, *el que continuamente se miraran en los espejos del lugar*. En realidad no bailaban con nadie, solo aparentemente consigo mismos. A tal grado me angustié que cada vez que iba al baño *temía que algo sucediera*, ese tipo de temor como cuando uno va por una calle oscura y teme que alguien salga de la oscuridad y lo asalte.

Más noche llegaron un grupo de lesbianas y a mí se me hizo muy guapa una, y *me quedé mirándola* buena parte de la noche. Pero pensé que sin desearla, podría decirle que estaba bonita, sin que pasara nada. Eso me gustó. *Poder aceptar esos pensamientos sin temor a que algo pasara* pero no sé ni que estoy diciendo, todo esto está muy enredado.

“Mirarse a sí mismos” aparentemente sin necesitar la mirada de otro, sólo la que refleja el espejo que parece devolverla sin ambigüedad. Y sentir una intensa angustia por mirarlos mirarse. Temor de que surja algo de la “oscuridad”, de adentro, sin poderlo controlar. Pero, ¿por qué surge la angustia mirando precisamente a los “transexuales”, aquellos que en su cuerpo masculino descubren otra identidad sexual?

¿Y si yo fuera otra de la que pienso? ¿Y si me gustaran las mujeres? Qué descanso saber que puedo mirar a otra mujer, admirar su belleza y aun decírselo, sin que me sienta amenazada en mi heterosexualidad. Al cabo ya lo dijo un tal Freud, que todos somos de alguna manera “bisexuales”, o dizque tenemos una homosexualidad “latente”. Y por cierto, querido y temido testigo de mis errancias y sobresaltos, alias usted Sr. psicoanalista, ¿por qué unos pasan a lo manifiesto y otros no? ¿por qué me mira de esa manera?...